

LA SANIDAD MILITAR EN LA GUERRA DEL PACIFICO

*Dr. Javier Luna Orosco E.**

El primer reglamento para la organización de la Sanidad Militar en Bolivia, data del 24 de septiembre de 1829, consignado cirujanos de primera y segunda clase para las unidades de fuerza que constituían el ejército, sean estas "batallones" en el caso de la infantería o "regimientos" en el de la caballería. Tanto el cirujano de primera clase, que tenía que ser necesariamente médico, como el de segunda clase que no siempre cumplía con ese requisito, estaban al mando del Cirujano Mayor que ostentaba el grado de Comandante de Infantería. Este mismo reglamento señalaba con detalle las características específicas de los uniformes dependiendo de la jerarquía de los cirujanos y prevaleció durante cincuenta años. Sin embargo, en 1879 quedó superado por las mayores necesidades que demandaba el estado de guerra, al que se sumaron otras graves derivadas del hambre y la peste que soportaba Bolivia desde el año 1877. Hubieron sequías, que aparte de la

hambruna provocaron brotes de paludismo y viruela en varias regiones del país, junto a uno muy particular de tifus exantemático aparecido más tarde en el propio ejército en campaña. Es así que al decir del historiador Alcides Arguedas, citando afirmaciones del célebre médico, abogado y político de aquel tiempo: Dr. José María Santivañez," se calculaba en más de cuarenta mil el número de muertos para el solo departamento de Cochabamba". En Lima misma la epidemia de viruela había cobrado trescientas víctimas en el segundo trimestre de aquel año aciago, casi todas ellas muertas en el Lazareto, como se desprende de algunos datos aportados por el escritor peruano Guillermo Thorndike en su novela histórica "1879".

Parece ser que la cadena de infortunios, que pintó un cuadro trágico con los cuatro jinetes del apocalipsis assolando el suelo patrio, se inició con el terremoto del Litoral el 9 de Mayo de 1877. Fue como un aviso premonitorio de esa tierra que al sacudirse trató de decirnos:

* Vicepresidente de la Sociedad Boliviana de Historia de la Medicina

“estoy aquí, no me descuiden” y advertirnos de los grandes males futuros que se cernirían sobre Bolivia, prologándose hasta el presente por la pérdida de su costa marítima. Según el notable hombre público, periodista, escritor, sociólogo y economista cochabambino Don Casto Rojas, “no hay memoria en los anales de las desgracias públicas, de una calamidad más grande que la que en 1878 y 1879 flageló al país con la sequía, la peste y el hambre, y fue seguidamente completada con la guerra. En su libro “Historia Financiera de Bolivia”, describe: “El año 1878 hubo una absoluta suspensión de las lluvias. Esto que en todas partes es por sí sola una calamidad, lo fue más en Bolivia, cuya agricultura rutinaria está por entero subordinada a la acción natural del tiempo, sin canales de riego ni represas de agua que pudieran almacenarla para suplir en los años malos las deficiencias del cielo.

“Aquel año no había brotado ni una yerba en los campos. Un cielo vacío, extrañamente diáfano, se retrataba tristemente en los sembrados resecos y polvorientos. La semilla depositada en el surco había muerto tostada por un sol de infierno, que parecía iba a hacer saltar la tierra como un petardo.

“A la sequía siguieron las pestes. Las pestes coincidieron con el agotamiento de los pocos comestibles rezagados de la anterior cosecha. Consumido el último grano, inclusive el que se había logrado “dessembrar” de los campos, el pueblo se vio materialmente sin qué comer.

“El país carecía de medios modernos de comunicación para poderse proveer fácil y económicamente de los artículos de primera necesidad en los países vecinos. Además, el pueblo no contaba con ahorros, acostumbrado a vivir al día con la cosecha del año, o a derrochar en una noche el chancelo de la quincena de la mina. “El país que más sufrió con esta calamidad fue Cochabamba, por lo mismo de ser un país totalmente agrícola. Los campesinos se agolparon en masa a las poblaciones en busca de pan. “En los primeros días de enero, fueron recogidos de las calles de Cochabamba más de 200 cadáveres de gente que pereció por hambre”. Los que no habían muerto en sus ranchos iban a morir en las ciudades y en los pueblos, o se marchaban a otras regiones en busca del pan que no hallaban en las suyas.

“Largas y famélicas caravanas tomaron el camino de la pampa salitrera, de aquella “Camíña” de la leyenda popular, para no volver más a la tierra de los antepasados, que por una crueldad implacable del cielo, negaba hasta el más mísero sustento al labriego.

“El “granero del Alto Perú” quedaba así sin grano y sin gente.

“¿En cuánto pudieran cifrarse las pérdidas del año terrible? ¿Cuánta riqueza desapareció por la súbita paralización de la agricultura y la destrucción de la ganadería?.

“La emigración y la mortandad dejaron abandonados los campos y vacíos los talleres.- ¿Cuánta energía productiva, cuánta suma de capital-hombre quedó así destruido?.”

Estos factores adversos, que son poco conocidos y no han sido suficientemente contextualizados por los historiadores, se sumaron a la imprevisión el celo político y el egoísmo cuando la Asamblea del Congreso Extraordinario de 1872 rechazó la solicitud del presidente Adolfo Ballivián, para lograr un empréstito de dos millones de libras esterlinas destinados a la construcción de ferrocarriles que precisamente nos acercaran al mar y adquirir barcos de guerra para la vigilancia y protección de su costa, cada vez más desamparada y apetejada por la voracidad chilena.

Por todo lo dicho, y una vez estallada la guerra, se hizo muy difícil la cobertura sanitaria simultánea para las ciudades y el ejército combatiente, llegado a Tacna el 30 de Abril bajo la conducción del Presidente de la República y Capitán General Hilarión Daza, con un contingente de seis mil hombres entre jefes, oficiales, soldados, capellanes y cirujanos, sin contar la Cuarta División de Cochabamba que llegaría algo más tarde, y que según un informe del Ministerio de Guerra Gral. Manuel Othón Joffré, fue la que contagió y diseminó el tífus, al que nos referimos en líneas anteriores.

A medida que avanzaba la contienda, las necesidades fueron cada vez mayores, debiendo reformularse el viejo reglamento para el Servicio Sanitario del Ejército, con un nuevo dictado en fecha 28 de Junio de 1879. Asimismo se creó una Junta Directiva de Hospitales y Ambulancias, que entre otras cosas tuvo el cometi-

do de recolectar fondos de caridad a través de comisiones organizadas en todo el país, logrando establecerse un hospital y una botica en la ciudad de Tacna para la atención de los regimientos bolivianos, así como apuntalar el Hospital de San Salvador de aquella ciudad, en previsión de su clausura. Sin embargo, la guerra exigía recursos inmediatos que no pudieron ser cubiertos, caso de las ambulancias inexistentes en las acciones iniciales de Pisagua, Germania, San Francisco y Tarapacá, no pudiendo evacuarse a los heridos que quedaron tendidos en el campo de batalla a merced del enemigo. En este punto es ingrato recordar antecedentes trágicos protagonizados por los soldados chilenos, y que parecerían inverosímiles de no mediar testimonios serios, como aquel que señala el periodista y escritor José Vicente Ochoa en su "Diario de Campaña del Ejército Boliviano en La Guerra del Pacífico", sobre el combate de Pisagua del 2 de Noviembre. En él cita una publicación de la "Revista del Sur", que literalmente decía lo siguiente: "De gente autorizada sabemos que incendiaron los chilenos el Hospital de Pisagua quemando a los enfermos y asesinando al personal de la ambulancia, inclusive al capellán Canónigo Pérez, no dieron cuartel a nadie; heridos y prisioneros fueron pasados por las armas". Sobre la ejecución de los prisioneros la confirmación la daban los telegramas del 5 de Noviembre dirigidos al Gral. Hilarión Daza, tanto por el general peruano Buendía como por el general boliviano Villamil, ambos actuantes en Pisagua. Y si acaso lo anterior dejara alguna duda sobre el comportamiento

del enemigo, no solo en las primeras acciones bélicas sino en la última batalla en la que actuó nuestro ejército, se tiene el informe del Dr. Claudio R. Aliaga, médico boliviano que estudió en la Universidad de San Marcos de Lima y que participó en la contienda como Cirujano Militar del Ejército Peruano, dirigiendo la ambulancia Nº 2. Dicho informe relata lo acontecido en la Batalla del Alto de la Alianza el 26 de Mayo de 1880 con los heridos del ejército peruano y que por su importancia merece ser conocido en alguna de sus partes cuando señala: "rotos los fuegos por ese batallón (se refiere al "Zepita") y viéndonos envueltos por los enemigos, retrocedimos hacia nuestra carpa donde ya se encontraban varios heridos recogidos por los demás sanitarios. Obligados por la rápida aproximación del enemigo, trasladamos a la ambulancia boliviana a los que nos fue posible, siendo asistidos allí por todo el cuerpo médico de nuestro aliado. Posteriormente al ocupar el enemigo el campo de batalla, nos dirigimos con el señor Muñoz y tres sanitarios a la zona que antes era cooperada por nuestro ejército; lo hicimos custodiados por dos soldados chilenos que nos dio un señor a quien habíamos conocido en San Francisco. Ya desde ese momento andábamos maquinalmente abatidos por el dolor que con cada paso aumentaba su intensidad; entramos a nuestra carpa y los pocos heridos que anteriormente no pudieron ser trasladados a la ambulancia boliviana ya habían sido ultimados; sus cadáveres se hallaban entre el destrozado desorden de la ambulancia: los botiquines rotos y sin la mayor parte de los envases. Las

camas y los víveres habían desaparecido, las camillas estaban rotas y la bandera de la Cruz Roja envuelta en tierra. Continuando la dirección de la línea de batalla preguntamos a los soldados chilenos en la dirección que dejaban a nuestros heridos; uno nos contestó: "ya no tiene pues heridos. Más adelante otro dijo: "ya no encontraran a ninguno, hemos tenido orden de matar a todos". Estas confesiones las creíamos burlas sangrientas y crueles pero a poco contemplamos una horrorosa realidad: ni un herido nuestro, solo cadáveres. Muchos de ellos, en particular de los jefes y oficiales tenían los rostros desfigurados, partidos unos por la boca y otros por la frente, algunos con balazos en los ojos que habían salido de sus órbitas; los más, desnudos de sus uniformes y varios hasta de la ropa interior; en cuanto a los soldados, sus bolsillos sacados afuera indicaban que habían pasado por allí "los traperos de la muerte". Hay que hacer notar que los cadáveres se hallaban denegridos por los balazos que recibieron los heridos a boca de jarro. Tocamos con la línea del enemigo chileno encontrándonos entre los cadáveres y heridos del batallón "Coquimbo". Nos ocupamos de curar a los heridos del mencionado batallón chileno así como a algunos de los regimientos "Esmeralda", "Santiago" y "Valparaíso" hasta las seis de la tarde hora en que nos retiramos, agotadas las hilas y vendas" (firmado) Claudio Aliaga.

Lo relatado, que nos sobrecoge y nos llena de pasmo privándonos de hacer mayores comentarios, demuestra a las claras la naturaleza serval

del agresor que no se ocupó de ajustar su conducta humana ni siquiera mediando los acuerdos de la Declaración de Ginebra de la Cruz Roja Internacional, a los cuales ya se habían adherido 31 naciones incluyendo Chile, si damos crédito a Clara Barton que el año 1881 fundó en Washington la Asociación Norteamericana de la Cruz roja, criticando duramente a su país que recién lo hiciera ese año. Bolivia suscribió la adhesión a dicha declaración, a través de su representante diplomático en España el anciano ex-presidente Dr. Tomás Frías, en fecha 16 de Octubre de 1879, con aprobación de la Convención Nacional, mediante Ley del 1º de septiembre de 1880.

Pero volviendo a los inicios de la contienda, ya se dijo que pese al nuevo reglamento sanitario dictado en Junio de 1879, el cuerpo de ambulancias no había logrado organizarse adecuadamente sino hasta Febrero de 1880 bajo la jefatura del médico orureño Zenón Dalence, nombrado Cirujano Mayor del Ejército y Director General de Ambulancias. Si bien asistió a los heridos y enfermos concentrados en el Hospital de Tacna, su principal y denodada actuación en campo de batalla se produjo el 26 de Mayo de 1880 en el Alto de la Alianza. Permaneció en Tacna "hasta el 15 de Junio del mismo año, atendiendo a los heridos bolivianos, peruanos y aun chilenos, para retornar en esa fecha haciendo la repatriación de los últimos heridos y enfermos" por la vía de Mollendo y Chililaya. Los cirujanos principales de las ambulancias bolivianas fueron el nombrado Zenón Dalence

como jefe, Abelardo Rodríguez como Inspector General, Demetrio Moscoso, Constantino Doria Medina, Donato Doria Medina, Bailón Mercado Menacho y Francisco Carvajal; estos dos últimos prisioneros den Pisagua y devueltos al Ejército Boliviano cuando se hizo el trueque de los prisioneros chilenos caídos en el hundimiento de la "Esmeralda".

Otros cirujanos militares bolivianos que actuaron durante la contienda fueron Valentín Abecia, Daniel Bracamonte, Manuel B. Mariaca, Adolfo Mier, Isaac Aranibar y en calidad de estudiantes de Medicina Andrés S. Muñoz y Luis Piérola. Como dato interesante cabe señalar que algunos de los mencionados, trabajaron o estudiaron en Lima antes de la guerra, caso de Dalence, Rodríguez, Muñoz y Aranibar, aparte de Claudio R. Aliaga al que nos referimos ampliamente.

Sin embargo, no solamente tuvieron actuación destacada los médicos y asistentes sanitarios, sino valerosas mujeres que ostentaron el brazalete de la Cruz Roja y a las que sería injusto no recordar. Me refiero a Ignacia Zeballos, Andrea Rioja de Bilbao y Vicenta Paredes Mier -esta última incorporada a las ambulancias en pleno centro de operaciones por ser natural de Tocopilla-, junto a nueve Hermanas de la Caridad de la Comunidad Religiosa de Santa Ana, que tuvieron su bautizo de fuego en la sangrienta batalla del Alto de la Alianza, a poco más de un año de haber llegado a La Paz-Bolivia procedentes de su país de origen Italia, el 20 de

Enero de 1879. También fue destacable la participación de las damas de La Paz, que dirigidas por el obispo Juan de Dios Bosque, reunieron materiales y elementos para la organización de la sanidad militar en campaña y Ambulancia Boliviana. A ellas se sumaron las religiosas de Santa Ana, que sin descuidar la atención de los hospitales de La Paz que estaban a su cargo, confeccionaron y prepararon las hilas, vendas, fajas y otros útiles necesarios para la asistencia de los heridos en los campos de batalla, a más de algunos miles de escapularios y detentes para colgar en los pechos de los soldados y oficiales que partían al frente de guerra.

En cuanto se refiere a la Sanidad Militar del Ejército Peruano en campaña, muy poco podría decir por carecer de fuentes bibliográficas que seguramente son abundantes y muy conocidas por los historiadores del hermano país. No obstante, estoy en condiciones de ofrecer algunos datos de notable interés, referidos principalmente a la organización de las ambulancias en la ciudad de Lima con un principal benefactor cual fue el acaudalado banquero, agricultor y comerciante D. Dionisio Derteano, a la organización de la Cruz Roja en la ciudad de Iquique, y a los cirujanos que tuvieron actuación en los principales barcos de guerra. Es así que el italiano Adolfo Gariazzo, diligente propietario de la más concurrida botica del puerto de Iquique, organizaron, juntamente con algunos connacionales suyos y varios civiles de la ciudad, un servicio de ambulancia civil bajo la enseña de la Cruz Roja Internacional y al amparo de la Conven-

ción de Ginebra. Esta ambulancia tuvo importante actuación en el bombardeo que sufrió dicha ciudad, dando asistencia y trasladando los heridos al Hospital de Mercedes, para su atención por el cirujano Ego Aguirre y el joven médico Miguel Iturrizaga.

En cuanto a los cirujanos de los barcos de guerra: en la fragata "Independencia" estuvo incorporado el médico de provincia Enrique Basadre, y en el monitor "Huáscar" estuvo incorporado el Cirujano Mayor Santiago Távara, gran amigo personal de Grau y de heroica actuación junto a su jefe en toda esa gloriosa epopeya marítima del legendario monitor que puso en jaque a la armada chilena durante largo tiempo y en notoria inferioridad de condiciones. Aquí nos recogemos un instante con respeto y admiración recordando la memoria de aquel Héctor de la Guerra cual fue el Contraalmirante D. Miguel Grau Seminario.

Acompañando al cirujano Távara estuvieron en el "Huáscar", el cirujano de primera clase Felipe Rotalde, el practicante Canales y el farmacéutico Flores, todos ellos en febricitante afán de salvar vidas, incluidas las de los naufragos chilenos después del hundimiento de la "Esmeralda" y que ocupó precioso tiempo impidiendo la persecución de la "Covadonga", otra nave chilena, que de no mediar ese atraso también hubiera sido hundida por el "Huáscar", así como evitar el lamentable encallamiento del blindado peruano "Independencia", que junto al "Huáscar" constituían la única dupla capaz de

hacer frente a la enorme fuerza marítima de Chile que, recuérdese, concentró en la rada de Pisagua 19 barcos con diez mil combatientes, frente a 990 soldados que trataron de frenar su avance a pleno disparo de fusil, con el agua del mar llegándoles hasta la cintura y sofocados por el humo y el calor provocados por el incendio de los depósitos de carbón y salitre bombardeados desde los barcos chilenos. Tal incendio se extendió al resto de la población, incluido el hospital, donde perecieron muchos de los enfermos y heridos de guerra que se encontraban internados.

REFERENCIAS:

1. Balcazar, Juan Manuel: "Historia de la Medicina en Bolivia". Ediciones "Juventud", La Paz-Bolivia 1956.
2. "Bodas de Oro de las Hijas de Santa Ana en Bolivia". Esc. Tip. Salesiana, La Paz-Bolivia 1929.
3. Camacho, José María: "Historia de Bolivia". Editorial "Renacimiento", La Paz-Bolivia 1927.
4. Garret Aillón, Jorge: "Monografía del Hospital San Juan de Dios" de Santa Cruz de la Sierra". Editorial "Grafex", Santa Cruz de la Sierra-Bolivia 1987.
5. Guthrie, Douglas: "Historia de la Medicina". Salvat Editores, S.A. 1953.
6. "La Paz de Ayer y de Hoy" (rev.): "Un informe que tiene el valor de una acusación contra el agresor del 79". Edición XX -Vol. 6, págs. 54, 55, La Paz-Bolivia 1994.
7. MD en Español, Vol. IV-Núm. 6 de Junio 1966, pág. 58
8. MD en Español, Vol. IV -Núm. 8 Agosto 1966, pág. 54
9. Navarre, Ernesto: "Monografía Histórica de la Facultad de Ciencias Biológicas". Edit. UMSA, La Paz-Bolivia 1950.
10. Ochoa, José Vicente: "Diario de la Campaña del Ejército Boliviano en la Guerra del Pacífico". Tipografía y Librería Económica, Sucre-Bolivia 1899.
11. Rojas, Casto: "Historia Financiera de Bolivia". Editorial Universitaria UMSA, La Paz-Bolivia 1977.

RESUMEN

Se relata la reorganización de la Sanidad Militar del Ejército Boliviano a propósito de las mayores demandas que exigía el estado de guerra, agravado por la sequía, la peste y la hambruna, aparecidas en el país desde el año 1877. Asimismo se relata la organización de los hospitales de campaña y ambulancias cuya verdadera actuación recién se produjo en la Batalla de "Campo de la Alianza", el 26 de mayo de 1880. En ella participaron no sólo célebres médicos encabezados por el Cirujano Mayor del Ejército y Director General de Ambulancias, Dr. Zenón Dalence, sino valerosas mujeres que ostentaron el brazalete de la Cruz Roja Internacional y nueve religiosas de la Comunidad de Santa Ana, llegadas a Bolivia en enero de 1879. De acuerdo a testimonios históricos bien documentados, se relata el comportamiento que tuvo

la soldadecza chilena con los prisioneros y heridos de los ejércitos aliados, tanto en la Defensa de Pisagua como en la Batalla del "Campo de la Alianza". Finalmente, se refieren datos sobre la organización de las ambulancias en la ciudad de Lima, la participación de la Cruz Roja en la ciudad de Iquique y los principales médicos y cirujanos que actuaron en los barcos de guerra peruanos.

SUMMARY

It will be related about the reorganization of The Military Sanity of Bolivian Army, ti purpose the main requests by the "Pacific War", aggravated by the drought, pest and hunger, appeared in the country since 1877. Also, the organization of the campaign hospitals and the ambulances, whose really action was in the "Campo de la Alianza" battle in May 1877. Where many people participate, not only medical doctors who were heading by the Major Surgeon of the Army and the Ambulance's General Director, doctor Zenón Dalence, but also braves women who showed the International Red Cross bracelet and nine nuns of the Saint Anne's Community, who arrived to Bolivia in January of 1879. Agree to historical testimonies well-documented, be related the behavior of chilean soldiers to the prisoners and wounded people of the allied armies, also in Pisagua's Defense as in the "Campo de la Alianza" battle. Ending, it refers facts about the organization of the ambulances in the city of Lima, the participation of the Red Cross in the city of Iquique, and the main medical doctors and surgeons who acted in the peruvian war ship's.

RESUME

La réorganisation des Services Militaires de Sabté de l'Armée Bolivienne devint nécessaire en 1879 pou faire face a la guerre, laquelle venait d'aggraver la situation du pays affecté déjà para la secheresse de 1877 suivit par la famine et l'eclosion d'une épidémie de Peste, pou completer le malheur des citoyens. Il était urgent d'organiser des hôpitaux de campagne et des ambulances dont la vraie utilité de pu être démontrée que pendant la bataille du "Campo de,la Alianza", en 1880.

Les soins aux blessées étaient garantie par une équipe de travail formée par le Chirurgien en Chef de l'Armée, le Dr. Zenón Dalence qui était au même temps Directeur de Ambulances, assisté par d'autres médecins et surtout par de courageuses dames appartenant a la Croix Rouge ainsi que neuf soeurs de l'Ordre de Sainte Anne, arrivées en Bolivie au mois de Janvier de 1879.

Des temoinages historiques bien documentés montren l'affreux comportement des soldas chileans vis a vis des blessés et des prisonniers peruvians et boliviens, pendant la defense du por de Pisagua, de même que durant la bataille du Alto de la Alianza.

On decrit aussi l'organisation des ambulances a Lima, la participation de la Croz Rouge a Iquique ainsi que l'ont fait connaître les noms des médecins et chirurgiens, integrés au cadre de travail des bateaux de guerre peruvians.